

carle ningún deseo? Dejemos esto y vamos á la segunda profecía que dice: Será el casado marido. ¡Vive el cielo de la cama!—dijo muy colérico, porque hice no sé qué gesto oyendo la grullada—que si no oís con mesura y si os rezumáis de carcajadas de risa, que os pele las barbas. Oíd noramala, que á oír habéis venido y á aprender. ¿Pensáis que todos los casados son maridos? Pues mentís, que hay muchos casados solteros, y muchos solteros maridos. Y hay hombre que se casa para morir doncel, y doncella que se casa para morir virgen de su marido. Y habéisme engañado y sois maldito hombre; y aquí han venido mil muertos, diciendo que los habéis muerto á puras bellaquerías. ¡Y certíficosos que si no mirara... que os arrancara las narices y los ojos, bellaconazo, enemigo de todas las cosas!

Reíos también de esta profecía:

Volaráse con las plumas,
andaráse con los piés,
serán seis, dos veces tres.

Volaráse con las plumas. Pensáis que lo digo por los pájaros, y os engañáis, que eso fuera necedad: dígolo por los escribanos y ginoveses, que estos nos vuelan con las plumas el dinero de delante. Y porque vean en el otro mundo que profeticé de los tiempos de ahora, y que hay Pero Grullo para los que vivís, llévate este mendrugo de profecías, que á fe que hay que hacer en entenderlo.

Fuése, y dejóme un papel en que estaban escritos estos renglones, por esta orden:

Nació Viernes de Pasión,
para que Zahorí fuera,
porque en su día muriera
el bueno y el mal ladrón.

Habrá mil revoluciones
entre linajes honrados,
restituir á los hurtados,
castigar á los ladrones.

Mis profecías mayores
verán cumplida la ley
cuando fuere Cuarto el Rey
y cuartos los malhechores.

Lei con admiración las profecías de Pero Grullo, y estaba meditando en ellas, cuando por detrás me llamaron. Volvíme, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco, y vestido de blanco, y dijo:

—Duélete de mí, y si eres buen cristiano, sácame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres.

Hincóse de rodillas y despedazándose á bofetadas lloraba como un niño:

—¿Quién eres—dije—que á tanta desventura estás condenado?

—Yo soy—dijo—un hombre muy viejo, á quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras. Yo soy el Otro, y me conocerás, pues no hay cosa que no la diga el Otro. Y luego, en no sabiendo cómo dar razón de sí, dicen: «Como dijo el Otro.» Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latín me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando renglones y llenando cláusulas. Y quiero por amor de Dios que vayáis al otro mundo, y digas cómo has visto al Otro en blanco, que no tiene nada escrito, y que no dice nada, ni lo ha dicho, y que desmiente de aquí á cuántos lo citan y achacan lo que no saben; pues soy el autor de los idiotas, y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que, en los chismes, me llaman «Cierta persona»; en los enredos, «No sé quién»; en las cátedras, «Ciertamente autor», y todo lo soy el desdichado Otro. Haz esto y sácame de tanta desventura y miseria.

—Aún aquí estáis: ¿y no queréis dejar hablar á nadie?—dijo un muerto hablando, armado de punta en blanco, muy colérico y asiéndome de un brazo.—Oíd acá; y pues habéis venido por estafeta de los muertos á los vivos, cuando vais allá decidlos que me tienen muy enfadado todos juntos.

—¿Quién eres?—le pregunté.

—Soy—dijo—Calainos.

—¿Calainos eres?—dije—no sé cómo no estás desainado, porque eternamente dicen: Cabalgaba Calainos.

—¿Saben ellos cuentos? Mis cuentos fueron muy buenos y muy verdaderos, y no se metan en cuentos conmigo.

—Mucha razón tiene el señor Calainos—dijo otro que se allegó; y él y yo estamos agraviados. Yo soy Cantipalos, y no hacen sino decir: El Ánsar de Cantipalos, que salía al lobo al camino.» Y es menester que les digáis que me han hecho del asno Ánsar, y que era asno el que yo tenía y no Ánsar, y los Ánsares no tienen que ver con los lobos; que me restituyan á mi asno en el refrán; que me lo restituyan luégo y tomen su Ánsar; justicia con costas, y para ello, etc.

Con su báculo venía una vieja ó espantajo diciendo: ¿quién está allá? á las sepulturas, con una cara hecha de un orejón, los ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas rayas y de tal color y hechura, que parecía planta de pié; la nariz, en conversación con la barbilla, que casi juntándose hacían garra, y una cara de la impresión del grifo; la boca á la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente, ni muela, con sus pliegues de bolsa á lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado; la cabeza, con temblor de sonajas; la habla danzante, y unas tocas muy largas sobre el monjil negro; esmaltada de mortaja la tumba, con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecía, con las muertecillas que colgaban de él, que venía pescando calaverillas chicas.

Yo, que ví semejante abreviación del otro mundo, dije á grandes voces, pensando que sería sorda:

—Ah, señora, ah, madre, ah, tía ¿quién sois? ¿queréis algo?

Ella, entonces, levantando el *ab initio, et ante sæcula* de la cara, y parándose, dijo:

—No soy sorda, ni madre, ni tía; nombre tengo; trabajos y vuestras sinrazones me tienen acabada.

¡Quién creyera que, en el otro mundo, hubiera presunción de mocedad, y en una cecina como esta!

Llegóse más cerca, y tenía los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita por donde echaba un tufo de cementerio. Dijela que perdonase, y preguntéle su nombre. Dijome:

—Yo soy la Dueña Quintañoña.

—Qué: ¿dueñas hay entre los muertos—dije maravillado.—Bien hacen de pedir cada día á Dios misericordia más que *Requiescant in pace*, descansen en paz, porque si hay dueñas, meterán en ruido á todos. Yo creí que las mujeres se morían cuando se volvían dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado á dueña perdurable que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá, me desengaña, y me he holgado de verte, porque, por allá, luégo decimos: ¡Miren la Dueña Quintañoña; daca la dueña Quintañoña!

—Dios os lo pague, y el diablo os lleve—dijo—que tanta memoria tenéis de mí, sin haberlo yo menester. Decid: ¿No hay allá dueñas de mayor número que yo? Yo soy Quintañoña: ¿No hay deciochenas y setentonas? ¿Pues por qué no dáis tras ellas y me dejáis á mí, que há más de ochocientos años que vine á fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos á recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas á los condenados, guardando cabos de tizones como de velas, y que no habrá cosa cierta en el infierno? Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: ¿Dueña? no por mi casa. Con el cielo no quiero nada, que las dueñas, en no habiendo á quién atormentar y un poco de chisme, perecemos. Los muertos también se quejan de que no los dejo ser muertos como lo habían de ser, y todos me han dejado en mi albedrío, si quiero ser dueña en el mundo. Mas quiero estarme aquí, por servir de fantasma en mi estado toda la vida, y sentada á la orilla de una tarima guardando doncellas, que son más de trabajo, que de guardar. Pues, en viendo una visita, aquel «llamen á la dueña;» y á la pobre dueña todo el día le están dando su recaudo

todos. En faltando un cabo de vela, «llamen á Álvarez, la dueña le tiene»; si falta un retacillo de algo, «la dueña estaba allí»; que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas. Si algún chisme hay, «¡alto á la dueña!» Y somos la gente más bien apesentada en el mundo, porque en el invierno nos ponen en los sótanos y los veranos en los zaquizamies. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas, porque dicen que las guardamos; los señores, porque los gastamos; los criados, porque nos guardamos; los de fuera, por el *coram vobis* de responso, y tienen razón, por ver una de nosotras encaramada sobre unos chapines, muy alta y muy derecha, parecemos túmulo vivo. ¡Pues cuando, en una visita de señoras, hay conjunción de dueñas! allí se engendran las angustias y sollozos; de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustes, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen acelgas y lentejas, y pronostican candiles, veladores y tijeras de espabilar. ¡Pues qué cosa es levantarse ocho viejas, como ocho cabos de años, ú ocho sin cabo, ensabanadas, y despedirse con unas bocas de tejadillo, con unas hablas sin hueso, dando tabletadas con las encías, y poniéndose cada una á las espaldas de su ama á entristecerlas, las asentaderas bajas, trompicando y dando de ojos, adonde en una silla, entre andas y ataúd, la llevan los pícaros arrastrando! Antes quiero estarme entre muertos y vivos padeciendo, que volver á ser dueña; pues hubo caminante, que preguntando dónde había de parar una noche de invierno, yendo á Valladolid, y diciéndole que en un lugar que llaman Dueñas, dijo: Si había adonde parar antes ó después. Dijéronle que no, y él á esto dijo: Más quiero parar en la horca, que en Dueñas; y se quedó fuera, en la picota. Sólo os pido, así os libre Dios de dueñas (y no es pequeña bendición, pues para decir que destruirán á uno, dicen que le pondrán cual digan dueñas: ¡mirad lo que es decir dueñas!); ruégote encarecidamente que hagáis que metan otra dueña en el refrán y me dejen

descansar á mí, que estoy muy vieja para andar en refranes, y querría andar en zancos, porque no deja de cansar á una persona andar de boca en boca.

Muy angosto, muy á teja vana, las carnes de venado, en un cendal, con unas mangas por gregüescos, una esclavina por capa, un soportal por sombrero, y amarrado á una espada, se llegó á mí un embozado, y llamándome con la seña de los sombrereros:

—Ce, ce—me dijo.

Yo le respondí luégo. Lleguéme á él, y entendí que era algún muerto vergonzante. Preguntéle quién era.

—Yo soy el mal cosido, y peor sustentado don Diego de Noche.

—Más aprecio haberte visto—dije yo,—que cuánto hay. ¡Oh estómago aventurero! ¡Oh gazzate de rapiña! ¡Oh panza al trote! ¡Oh susto de los banquetes! ¡Oh mosca de los platos! ¡Oh sacabocados de los señores! ¡Oh tarasca de los convites, y cáncer de las ollas! ¡Oh sabañón de las cenas! ¡Oh sarna de los almuerzos! ¡Oh sarpullido del medio día! No hay otra cosa en el mundo, sino cofrades, discípulos é hijos tuyos.

—Sea por amor de Dios—dijo don Diego de Noche—que esto me faltaba por oír; mas, en pago de mi paciencia, os ruego que os lastiméis de mí, pues en vida siempre andaba cerniendo las carnes el invierno por las picaduras del verano, sin poder hartar estas asentaderas de gregüescos; el jubón en pelo sobre las carnes; el más tiempo, en ayunas de camisa; siempre dándome por entendido de las mesas ajenas, esforzando con pistos de cerote y ramplo nes desmayos de calzado; animando á las medias á puras sustancias de hilo y abuja, y llegué á estado, en que viéndome calzado de geomagia, porque todas las calzas eran puntos, cansado de andar restañando el ventanaje, me entinté las piernas, y dejé correr. No se vió jamás socorrido de pañuelos mi catarro, que afilando el brazo por las narices, me pavonaba de romadizo; y si acaso alcanzaba

algún pañizuelo, porque no le viesen al sonarme, me rebozaba, y haciendo el coco con la capa, tapando el rostro, me sonaba á oscuras. En el vestido he parecido árbol, que en el verano me he abrigado y vestido, y en el invierno he andado desnudo. No me han prestado cosa que haya vuelto; hasta espadas (que dicen que no hay ninguna sin vuelta) si todos me las prestasen, todas serían sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida y aborrecídola, decían todos que mi persona era buena para verdad desnuda y amarga. En abriendo yo la boca, lo mejor que se podía esperar era un bostezo ó un parasismo; porque todos esperaban el de «Vuesa merced présteme; Hágame merced»; y así estaban armados de respuestas. Y en despegando los labios, de tropel se oía: «No hay que dar; Dios lo provea; cierto que no tengo; yo me holgara; no hay un cuarto». Y fui tan desdichado, que á tres cosas siempre llegué tarde; á pedir prestado siempre llegué dos horas después, y siempre me pagaban con decir: «Si llegara vuesa merced dos horas antes, se le prestara ese dinero». Á ver los lugares llegué dos años después, y en alabando cualquier lugar, me decían: «Ahora no vale nada; ¡si vuesa merced lo viera dos años há!» Á conocer y alabar las mujeres hermosas, llegué siempre tres años después, y me decían: «Tres años atrás me había vuesa merced de ver, que vertía sangre por las mejillas». Según esto fuera mejor que me llamara Don Diego Después, que no Don Diego de Noche. Decir que después de muerto descanso; aquí estoy y no me harto de muerte; los gusanos se mueren de hambre conmigo; yo me como á los gusanos de hambre; y los muertos andan siempre huyendo de mí, porque no les pegue el Don ó les hurte los huesos, ó les pida prestado. Y los diablos se recatan de mí, porque no me meta de gorra á calentarme; y ando por estos rincones, introducido en telaraña. Hartos Don Diegos hay allá, de quien pueden echar mano: déjenme con mi trabajo, que no viene muerto que luégo no pregunte por Don Diego de Noche. Y diles á todos los

dones á teja vana, caballeros chirles, hacia hidalgos, y casi dones, que hagan bien por mí, que estoy penando en una bigotera de fuego, porque siendo gentil hombre-mendicante, caminaba con horma y bigotera á un lado, molde para el cuello, y la bula en el otro; y esto y sacar mi sombra, llamaba yo mudar mi casa.

Desapareció aquel caballero visión; dió gana de comer á los muertos, cuando llegó á mí con la mayor priesa que se ha visto un hombre alto y flaco, menudo de facciones, de hechura de cerbatana; y sin dejarme descansar, me dijo:

—Hermano, dejadlo todo presto, luégo, que os aguardan los muertos que no pueden venir acá, y habéis de ir al instante á oírlos, y hacer lo que os mandaren, sin replicar, y sin dilación, luégo.

Enfadóme la priesa del diablo de muerto, que no vi hombre más súpito, y dije:

—Señor mio, este no es Cochitehervite.

—Sí es—dijo muy demudado:—digoos que yo soy Cochitehervite; y el que viene á mi lado (aunque yo no le había visto) es Trochimochi, que somos más parecidos, que el freir y el llover.

Yo, que me ví entre Cochitehervite y Trochimochi, fui como un rayo donde me llamaban.

Estaban sentadas unas muertas á un lado, y dijo Cochitehervite:

—Aquí está doña Fáfula, Mari-Zápalos, y Mari-Rabadilla.

Dijo Trochimochi:

—Despachen, señoras, que está detenida mucha gente.

Doña Fáfula dijo:

—Yo soy una mujer muy principal.

—Nosotras somos—dijeron las otras—las desdichadas que vosotros los vivos traeis en las conversaciones disfamadas.

—Por mí no se me da nada—dijo doña Fáfula;—pero quiero que sepan que soy mujer de un mal poeta de come-

días, que escribió infinitas, y que me dijo un día: «el papel, señora, tanto mejor me hallará en andrajos en los muladares, que en copias en las comedias, cuanto no lo sabré encarecer». Fui mujer de mucho valor, y tuve con mi marido el poeta mil pesadumbres sobre las comedias, autos y entremeses. Decíale yo que por qué, cuando en las comedias un vasallo arrodillado dice al rey: Dame esos piés; responden siempre: Los brazos será mejor. Que la razón era, en diciendo: Dame esos piés, responder: ¿Con qué andaré yo después? Sobre la hambre de los lacayos y el miedo, tuve grandes peloterías con él. Y tuve buenos respetos, que le hice mirar al fin de las comedias por la honra de las infantas, porque las llevaba de voleo, y era compasión. No me pagarán esto sus padres de ellas en su vida. Fuile á la mano en los dotes de los casamientos, para acabar la maraña en la tercera jornada; porque no hubiera rentas en el mundo. Y en una comedia, porque no se casasen todos, le pedí que el lacayo, queriéndole casar su señor con la criada, no quisiese casarse, ni hubiese remedio, siquiera porque saliera un lacayo soltero. Donde mayores voces tuvimos, que casi me quise descasar, fué sobre los autos del Corpus. Decíale yo: Hombre del diablo, ¿es posible que siempre en los autos del Corpus ha de entrar el Diablo con gran brío, hablando á voces, gritos y patadas, y con un brío, que parece que todo el teatro es suyo, y poco para hacer su papel, como quien dice: huele la casa á Diablo? Por vida nuestra que hagáis un auto donde el Diablo no diga: Esta boca es mía; y pues tiene por qué callar, no hable: hable quien puede, y tiene razón, y enójese en un auto; que aunque es la misma paciencia, tal vez se indignó y tomó el azote, y trastornó mesas, tiendas, cátedras y hizo ruido. Hícele que, pues podía decir Padre Eterno, no dijese Padre Eternal, ni Satán, sino Satanás; que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo: «bu, bu, bu», y se sale como cohete. Desagravié los entremeses, que á todos les daban de palos, y con todos sus palos ha-

cían los entremeses; y cuando se dolían de ellos, duélanse (decía yo) de las comedias que acaban en casamientos, y son peores, porque son palos, y mujer. Las comedias que oyeron esto, por vengarse pegaron los casamientos á los entremeses, y ellos, por escaparse y ser solteros, algunos se acababan en barbería, guitarrica, y cántico.

—¿Tan malas son las mujeres—dijo Mari-Zápalos,—señora doña Fáfula?

Doña Fáfula enfadada, y con mucho toldo, dijo:

—¡Miren con qué nos viene ahora Mari-Zápalos!

Si vengo, no vengo, se quisieron arañar, y al fin se asieron porque Mari-Rabadilla, que estaba allí, no pudo llegar á meterlas en paz; que sus hijos, por comer cada uno en su escudilla, se estaban dando de puñadas.

—Mirad—decía doña Fáfula,—que digáis en el mundo quién soy.

Decía Mari-Zápalos:

—Mirad, que digáis cómo la he puesto.

Mari-Rabadilla dijo:

—Decidles á los vivos, que si mis hijos comen cada uno en su escudilla, que qué mal les hacen á ellos. ¡Cuánto peores son ellos, que comen en la escudilla de los otros, como don Diego de Noche, y otros cofrades de su talle!

Apartéme de allí, que me hendía la cabeza, y vi venir un ruido de piullidos y chillidos grandísimos, y una mujer corriendo como una loca, diciendo:

—Pío, pío.

Yo entendí que era la reina Dido, que andaba tras el pío Eneas, por el perro muerto á la sacapela, cuando oigo decir:

—Allá va Marta con sus pollos.

—¡Válate el diablo! ¿acá estás? ¿Para quién crías esos pollos?—dije yo.

—Yo me lo sé—dijo ella.—criolos para comérmelos, pues siempre decís: «Muera Marta, y muera harta». Y decidles á los del mundo, que: ¿quién canta bien después de hambrien-